



HISTORIA DE UNA VIEJA GEISHA

Kanoko Okamoto

Traducción: Shigeko Suzuki



Table of Contents

1. [Cubierta](#)
2. [Historia de una vieja geisha](#)
3. [La grulla decae](#)

Título original: *Rougishou y Tsuru wa Yamiki*

Primera edición: febrero de 2022

© Kanoko Okamoto 1936, 1950

© de las ilustraciones, Yukihiro Nakamura, 2021

© de la traducción, Shigeko Suzuki (DARUMA Serveis Lingüístics, SL), 2021

Tanuki

<http://www.tanukilibros.com>

Coordinación editorial: Juan Camilo Orjuela

Corrección: Juanita Navarro

ISBN ePub: 978-958-53933-0-1

ISBN de la edición en papel: 978-958-52639-9-4

Este libro fue publicado gracias a la colaboración de la Japan Foundation y el programa *Support Program for Translation and Publication on Japan*.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares de los derechos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

HISTORIA DE UNA VIEJA GEISHA

En realidad, la vieja geisha se llama Sonoko Hirayama, pero ese nombre no corresponde mucho con su aspecto, al igual que el Registro Civil no incluye el nombre artístico de un actor de teatro kabuki. Sin embargo, «Kosono», su nombre de geisha, tampoco le hace justicia en este momento de su vida, cuando su ilusión es recuperar la sencillez de la gente que no se dedica a su oficio.

Creo que lo justo sería describirla, simplemente, como «una vieja geisha».

A mediodía se le ve a menudo paseando por los grandes almacenes con el cabello recogido en un discreto estilo occidental, vestida con un kimono de *ichiraku*¹, como una persona común y corriente, en compañía de una joven sirvienta. Recorre el interior de los establecimientos con expresión melancólica. Su esbelta figura, con los brazos inertes en los costados, deambula de arriba a abajo recorriendo los mismos sitios una y otra vez. De repente, se desliza sin previo aviso a una sección un poco más alejada, como la cuerda de una cometa de papel, y se queda allí, paseadora errante. No es consciente de nada salvo de la soledad del mediodía.

Así es como se entretiene en su soledad, pero ni siquiera se percata de ello. Cuando algún objeto entra por casualidad en su campo de visión y le llama la atención, abre despacio los almendrados ojos azulados y se queda mirándolo; en su imaginación, se convierte en una peonía. Entonces esboza una sonrisa, como hacía cuando era joven. La invade de nuevo la melancolía.

Sin embargo, cuando llega a su lugar de trabajo y se topa con la competencia, su expresión se vuelve inescrutable; pero, pasado el primer momento, ambas se enzarzan en una conversación de lo más animada.

Cuando la anterior patrona del Shinkiraku aún vivía; ella, Hisago, la patrona del Shinbashi; y la vieja geisha solían charlar juntas. Sus conversaciones estaban llenas de historias graciosas y saltaban de un tema a otro, normalmente sobre la gente y los asuntos del medio. Hasta las geishas más experimentadas dejaban a sus clientes para reunirse alrededor de las tres señoras diciendo: «Vamos a aprender cómo se habla».

Incluso cuando estaba sola, solía contarles sus aventuras y desventuras a las jóvenes colegas con las que mejor se llevaba. Empezaba el relato con su época de aprendiz, cuando era joven e inexperta. En una ocasión, se rio tanto con la charla subida de tono que mantenían un cliente y una de las geishas que llevaba más tiempo, que se orinó sin querer encima del tatami. Al darse cuenta

de que no podría levantarse de allí, terminó llorando a mares. También contó que, viviendo bajo la protección de un amante, se había fugado con otro y el primero la obligó a volver tomando como rehén a su madre. Las jóvenes aprendices se reían a carcajadas con la siguiente historia, en la que les hablaba de la época en la que ya era una geisha hecha y derecha con dos o tres aprendices a su cargo, mientras pasaba por grandes problemas económicos. En aquel entonces, para ir a Yokohama a conseguir un préstamo de cinco yenes, no se le ocurrió otra cosa que contratar un servicio de taxi —que costaba doce yenes de ida y vuelta, y que debía pagar a fin de mes—.

Aunque el argumento de todos los episodios era similar, iba cambiando las tramas y su forma de narrar de tal manera que parecía que la hubiera poseído un espíritu, e incluso les clavaba las uñas a las otras mujeres sin que nadie se diera cuenta. Daba la sensación de que la vejez, cegada por los celos, atacaba y atormentaba a la juventud con su astucia.

Las jóvenes aprendices, con el cabello desgredado y apretándose los costados de tanto reír, le pedían entre carcajadas:

—Por favor, pare, por el amor de Dios. Nos va a dar algo si sigue haciéndonos reír tanto.

La vieja geisha no hablaba nunca de personas vivas, pero no tenía reparos en contar sus historias únicas, tan propias de ella, sobre aquellos que ya habían fallecido y que habían sido clientes

habituales suyos. Entre ellos se contaban tanto hombres anónimos como los artistas más insospechados.

Nadie sabe si es cierto, pero siempre contaba que, cuando el gran actor chino Mei Lanfang estuvo en Tokio para actuar en el Teatro Imperial, la vieja geisha le hizo una solicitud al millonario que se encargaba de atenderlo durante su estancia allí:

—No me importa lo que cueste. Consígame la oportunidad de estar con él.

Pero el millonario la convenció de que no lo hiciera.

Una de las aprendices que más se había reído le preguntó, no sin un poco de malicia:

—¿Es verdad que usted se sacó la libreta del banco de la faja del kimono para demostrarle a ese señor que tenía el dinero para pagarle?

Entonces ella, enfurecida como una niña pequeña, contestó:

—¿Qué tonterías dices? ¡Qué faja del kimono ni qué ocho cuartos! Ni que fuera una niña pequeña.

Si lo que contaba era verdad o no, en el fondo, era lo de menos; la cuestión es que las jovencitas la acosaban con preguntas para no perderse ninguna de sus muy honestas reacciones.

Al final, después de un montón de anécdotas, Kosono concluía:

—Miren, por más clientes que tengamos, al final una solo busca un hombre, ¿no? Cuando lo pienso, ahora recuerdo que, para mí,

cada hombre tenía algo único que me gustaba, por eso nunca duraba mucho con ninguno.

—¿Y ese hombre que buscas...? —preguntaban las jóvenes aprendices.

—¡Si lo tuviera claro, no estaría sufriendo así! Podría ser mi primer amor o algún otro al que conozca a partir de ahora —dijo con aquella belleza melancólica y cotidiana tan propia de ella—. Sin embargo, ¡me dan envidia las mujeres normales! Sus padres les buscan un marido, tienen a un solo hombre en toda su vida, tienen niños sin cuestionarse nada y mueren rodeadas del cariño de esos hijos.

Llegadas a este punto, las jóvenes aprendices estaban de acuerdo en que sus historias eran muy entretenidas, pero les incomodaba que acabara hablando mal de otras personas.

Desde hacía unos diez años, después muchos apuros y penas, Kosono había conseguido reunir unos cuantos bienes, de modo que al final se le permitía escoger a los clientes. Fue entonces cuando empezó a anhelar una vida más sana y relajada, y por eso separó la entrada de la casa de las geishas, que daba a la calle principal, de la parte de atrás, adyacente al almacén y que le servía de vivienda, construyendo otra entrada a esta parte de la casa que daba al callejón. Asimismo, adoptó a la hija de un pariente lejano y la envió al colegio.

Otra muestra del nuevo rumbo que deseaba dar a su vida fue la decisión de orientar su aprendizaje a los cambios y novedades de la época. Se puso en contacto conmigo, quien escribe esta historia, a través de un conocido que vivía en el barrio popular, para aprender a componer poesía waka². Se dirigió a mí con las siguientes palabras:

—Las geishas debemos ser como los cuchillos de cocina, que sirven para todo. No somos útiles o eficaces en nada en específico, pero debemos disponer de casi todo lo que haga falta. Así que le ruego que me ayude a alcanzar ese nivel. Con los años y el aspecto que me corresponde por ellos, cada vez atiendo a más grandes señores refinados.

Durante un año entero puse a prueba la habilidad de esa señora que podría haber sido mi madre. Descubrí que no es que no tuviera talento para componer *waka*, pero que su carácter era más adecuado para el haiku, por lo que terminé presentándosela a una autora de haiku. La vieja señora, en señal de agradecimiento, me mandó a un artesano, cuyos servicios ella solía contratar, para que construyera en mi patio un pequeño estanque y una fuente del estilo que estaba tan de moda en aquel momento en los barrios populares.

Su decisión de reformar su casa con un estilo ecléctico, así como de incluso instalar electricidad, se debía, sin duda alguna, a lo que lo había visto en los restaurantes donde solía trabajar: ella no iba a